



Suzanne
ENOCH

Los
MULTIMILLONARIOS
las prefieren
RUBIAS

Los multimillonarios
las prefieren rubias



Los multimillonarios las prefieren rubias

Suzanne Enoch

Traducción de
Nieves Calvino



TERCIOPELO

Título original: *Billionaires Prefer Blondes*
Copyright © 2006 by Suzanne Enoch

Primera edición: octubre de 2009

© de la traducción: Nieves Calvino
© de esta edición: Libros del Atril, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral.
08003 Barcelona
info@terciopelo.net
www.terciopelo.net

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-96575-97-4
Depósito legal: M. 29.009-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para mi sobrino Ryan Connor Byrne, el miembro más reciente del clan y al que se le da miedo jugar al ataque del bebé gigante durante el recreo. Eres más impresionante que Godzilla. ¡Te quiero, Ryan!

Capítulo uno

Martes, 2.17 p.m.

A Samantha Jellicoe le gustaba la ciudad de Nueva York. Dios, sus aventureros zapatos anhelaban callejear, tal y como decía la canción. Aunque el resto de las estrofas diferirían un poco del tema de Sinatra. Ella cantaría acerca de cómo los ciudadanos acaudalados vivían en una inseguridad capital en medio de las masas oprimidas; de cómo todos los taxis buscaban prácticamente lo mismo en lo relativo a sus oportunas salidas; y cómo todo el mundo estaba tan absorto en su propia mierda que no se tomaba la molestia de fijarse en nadie más.

En cuanto a la gente como ella, que se ganaba la vida entrando y saliendo desapercibidamente con sus aventureros zapatos de lugares que no debería, todo aquello hacía que se asemejara mucho al paraíso.

O, más bien, solía ganarse la vida deslizándose furtivamente por entre las sombras, y mangando a otra gente sus costosas pertenencias. Ya no. Ahora estaba retirada del negocio. R-E T-I-R-A-D-A. Retirada. Lo que explicaba por qué en ese momento se encontraba en el umbral de la elite influyente. De acuerdo, aún no se había retirado del todo. Simplemente se había vuelto honrada. Tenía un empleo fijo. ¡Hurra por ella!

Con una ligera inclinación de su cabeza, profesionalmente considerada, sonrió y estrechó la mano del señor Boyden Locke.

—Me alegro de poder serle de ayuda, Boyden —dijo, sin estar del todo convencida de que el nombre del tipo no hubiera sido diseñado por algún comité de expertos del Instituto de Tecnología de Massachusetts, con el propósito de animar a los

inversionistas. Debería escoger algo como Samantha *Safehouse** para ella—. Y gracias por el café.

El hombre retuvo su mano un momento más de lo necesario; era, sin duda, su modo de avisarla de que estaba interesado en algo más que su asesoramiento. Como si no lo hubiera adivinado por la forma en que el hombre se había pasado los últimos cuarenta minutos hablándole a sus tetas. Seguramente el señor Locke no tenía ni la menor idea de qué color eran sus ojos. Él los tenía castaños, y éstos se desviaban hacia sus objetos de valor cuando hablaba de ellos.

—No, gracias a usted —respondió—. Alguien de mi posición nunca es demasiado cauto. Soy consciente de que la casa necesita con urgencia una mejora en materia de seguridad, pero quería cerciorarme de que encontraba a la persona indicada para realizar el trabajo.

Sea como fuere, había logrado que el comentario pareciera vagamente obsceno, aunque Samantha sonrió de todos modos. Tenía la corazonada de que ser la persona indicada para el trabajo guardaba una mayor relación con el hombre con quien ella vivía que con sus credenciales. Pero si estar vinculada a Rick Addison le proporcionaba trabajo, que así fuera.

—Escribiré un informe con mis recomendaciones y se lo enviaré.

—Y yo me ocuparé de que mi gente lo revise. Y estaré encantado de que pase a tomar un café siempre que lo desee.

Samantha profundizó forzosamente la sonrisa de sus labios.

—Lo tendré en mente. Debería recibir mi factura durante la próxima semana.

Liberó su mano y se encaminó hacia la puerta. Una vez estuvo fuera de peligro, Samantha buscó en el bolso una cajita metálica de caramelos Altoid de menta.

—Café. ¡Puag! —refunfuñó, metiéndose en la boca un par de grajeas de sabor a té verde.

* Juego de palabras a propósito de Locke (similar a *lock*, cerradura), y *Safehouse* (piso franco, refugio). Ambos relativos a las profesiones de los personajes. (*N. de la T.*)

Por lo visto, haría lo que fuera con tal de expandir su negocio, si es que se había rebajado a beber —está bien, a tomar apenas un sorbo— café. Se dio media vuelta al llegar a la esquina para inspeccionar de nuevo la casa de Locke. Antigua, elegante y perfectamente ubicada en el East Side, un antiguo barrio de dinero, podía comprender por qué el tipo había pedido una cita con ella en referencia a la situación de su seguridad prácticamente en cuanto su vuelo había tomado tierra en La Guardia.

Hacia algunos años había dado un golpe en la casa que se encontraba tres puertas más allá de la de Locke. El Monet que había en su interior le había reportado un cuarto de millón, y Locke tenía un Picasso en su sala de estar. Si el comprador que la había contratado hubiese preferido el arte moderno al impresionismo, bien podría haber sido su casa la que hubiera asaltado aquella noche.

Su sistema de seguridad era bastante básico; alarmas en puertas y ventanas y sensores en las obras de arte. Por un momento estuvo tentada de colarse por la puerta trasera, sólo por los viejos tiempos, antes de asesorar a Locke sobre la mejora. Podría tener su Picasso en las manos antes de que él tuviera tiempo de servirse otra taza de café. Pero, con suerte, el tipo probablemente pensaría que había ido con el propósito de insinuársele.

El teléfono que llevaba en el bolso sonó, interrumpiendo su ensoñación sobre los casi buenos días de antaño. Esbozó una amplia sonrisa al escuchar la familiar melodía de James Bond.

—Eh, guapetón —dijo, llamando un taxi con la mano libre.

—Veo que tu reunión ha ido bien —respondió una serena voz masculina con un leve acento británico.

—¿Puedes deducirlo a partir de sólo dos palabras?

—Sí. Bien, son ésas dos palabras. Mejor dicho, son cuatro palabras.

Ella soltó una risita, dando un paso adelante cuando un taxi amarillo se detuvo junto a la acera. Abrió la puerta y se montó dentro.

—Al setenta de Madison —dijo, cerrando la puerta—. ¿Qué cuatro palabras?

—Normalmente «no me agobies, tío», según recuerdo.

—Claro, pero no siempre se trata de trabajo.

Él dejó escapar un bufido muy poco habitual.

—Samantha Jellicoe, te reto a que vengas aquí a decírmelo a la cara.

La boca se le secó. Por lo visto, Rick sólo tenía que hacer alguna insinuación sexual y prácticamente tenía un orgasmo.

—¿Estás cachondo, eh? —bromeó.

—No tienes ni idea. Pero en realidad he llamado para ver si seguía en pie lo de salir a cenar esta noche.

—No me gustaría arruinarte la sorpresa.

—Te lo agradezco. ¿Vas de compras?

Samantha reprimió el impulso de registrar el taxi en busca de cámaras ocultas.

—¿Qué palabra me ha delatado?

—La avenida Madison, cariño. Cómprate algo sexy. Y rojo.

—No tendría que comprarme ropa de color rojo si dejaras de arrancármela del cuerpo. Y debo añadir que algo rojo y sexy no sería apropiado para la pizzería Pauly's.

—No vamos a ir a la pizzería Pauly's.

—Si tú lo dices. Ya que no me cuentas a dónde vamos, te veré esta noche —dijo, y colgó el teléfono.

El taxi se detuvo y Sam se apeó en la avenida Madison antes de darse cuenta de que se había olvidado de preguntarle a Rick qué tal iba su reunión.

—Mierda —refunfuñó, echando mano al teléfono de nuevo. Marcó su número.

—Addison —se escuchó su voz, serena y profesional.

«¡Ups!»

—¿Estás de nuevo en plena reunión, verdad? —preguntó, maldiciéndose a sí misma. Naturalmente que la había llamado en su único momento libre.

—Sí.

—Lo siento. Sólo quería saber qué tal iba la cosa. ¿Qué te parece si dices «fusión» para indicar estupendo, y «opción de compra» para indicar jodido?

La línea quedó en silencio durante un momento.

—Fusión —dijo al fin, su profunda voz estaba teñida de humor.

—Bien. Te veré esta noche.

—Desde luego. Hablaremos entonces de nuestras opciones de compra.

Esta vez él colgó primero. De todos modos a Sam cada vez se le daban mejor las cosas de pareja, aunque después de cinco meses viviendo con Rick Addison, probablemente no debería tener que recordárselo a sí misma cuando él la llamaba; él interrumpiría sus propios negocios para preguntarle a ella por los suyos. Bueno, había un modo de compensarle por su desliz.

—Rojo y seductor —murmuró, subiendo la calle y dirigiéndose al establecimiento de Valentino.

Dos horas más tarde se encontraba en un callejón detrás de la elegante casa urbana del East Side Manhattan, con sus zapatos y un ceñidísimo vestido rojo guardados hechos una bola bajo su refinada blusa amarilla.

Hum. Intentar colarse a las cuatro de la tarde en una casa que daba a Central Park no era precisamente trabajo para una novata, pero claro, no había sido novata desde que cumpliera siete años y su padre comenzara a llevarla de excursión para mangar carteras al parque o plaza de cualquier ciudad en que estuvieran.

Dentro de la casa se encontraban el mayordomo, dos doncellas y el chef, pero Samantha se había aprendido su horario durante los dos últimos días. En esos momentos daban en antena *Doctor Phil*, y estarían viéndolo en la cocina. En cuanto al propietario de la casa, se encontraba en su oficina de Manhattan a kilómetro y medio de distancia, en plena reunión de negocios. Con una leve sonrisa, sacó un par de guantes de piel que siempre llevaba consigo, se puso el bolso en bandolera y trepó como una araña por la vieja y tosca pared de ladrillo hasta la salida de incendios, introduciendo con firmeza los dedos y las punteras de los zapatos en las minúsculas hendiduras de la argamasa. Colarse en casa de Locke podría ser del todo imposible, pero en ocasiones uno debía rascarse cuando le picaba. Y después de un día de tediosa frustración, estaba que echaba humo por las orejas a causa de la tensión.

Caminando sobre el enrejado, Samantha ascendió a buen ritmo las escaleras de metal hasta el tercer piso. La ventana al

final del pasillo tenía el pestillo echado, por supuesto. Y además, estaba conectada a la alarma, ya que daba a la salida de incendios. El truco, pues, era evitar que el circuito se rompiera. Sacó una lima de uñas metálica del bolso y retiró el sellado de silicona de alrededor de la parte inferior del panel central de vidrio de la ventana.

Antes de soltar los últimos restos, tomó el pequeño rollo de cinta americana que siempre llevaba y se enrolló un trozo por el lado contrario alrededor de la mano. Posando su mano enguantada sobre el cristal, se cercioró de tener una buena sujeción, y a continuación retiró la última pizca del sellado con la mano libre. El panel de cristal se soltó, pegado a la palma del guante gracias a la cinta. Lo dejó a un lado, tomó de nuevo la lima de uñas y metió la mano por la ventana. Introduciendo la lima metálica debajo del marco para mantener conectados los circuitos, la sujetó con otro pedazo de cinta, luego se estiró hacia dentro para deslizar el pestillo de la ventana. Al cabo de dos segundos estaba en el interior de la casa.

Samantha dedicó un momento a fruncir el ceño. Había resultado demasiado fácil. Cierta persona necesitaba mejorar la seguridad.

Fácil o no, al menos el subidón de adrenalina calmó un poco los nervios que le había provocado el haber pasado dos días siendo amable con personas que no dejaban de tomarle fotos y de mirarle el pecho. Tarareando entre dientes, se quitó los guantes y subió a toda mecha hasta el despacho de arriba para servirse una Coca-Cola Light de la nevera. Pero se quedó de piedra cuando casi había entrado por la puerta.

En la estancia había media docena de hombres y mujeres, ataviados con el típico atuendo de ejecutivos de clase alta, rodeando a uno que estaba en pie en el centro. Todos se volvieron a mirarla casi al unísono, como en los dibujos animados.

«¡Mierda, mierda, mierda!»

—Hola —dijo—. Perdónenme. Me he equivocado de puerta. —Salió de espaldas y cerró la puerta de nuevo.

Había bajado la mitad de las escaleras cuando se abrió otra vez la puerta.

—Samantha, detente ahí mismo.

—Lo siento. —Sam se giró en el descansillo para mirar de

frente al propietario de la casa—. Me dijiste que estarías en tu maldita oficina.

Richard Addison: multimillonario británico, hombre de negocios con el cuerpo de un jugador profesional de fútbol y los ojos más azules que los zafiros. Y que después de cinco meses todavía parecía empalmarse por una ex ladrona. ¡Qué maravilla!

—Y tú dijiste que ibas de compras. —Descendió las escaleras detrás de ella, deteniéndose para colocar la palma de una mano sobre su abdomen... o sobre lo que había debajo de todo ese relleno—. Pareces estar bien hinchada.

Sí, todavía creía que ella era mona, con o sin michelín.

—He comido una hamburguesa.

—Y por lo visto varios edificios enormes, Godzilla.

—Ja, ja. Son mi vestido y mis zapatos. —Se levantó la blusa para sacar el bulto de debajo de su ropa—. Te dije que había ido de compras.

Aquellos ojos azul profundo descendieron hasta la bolsa.

—Compraste un vestido rojo.

—Tú me lo sugeriste. Pero eso fue cuando creía que estabas en tu oficina, cosa que, al parecer, no era así.

—Lo estaba —respondió, tomando la bolsa de su mano y posándola sobre la barandilla—. Anoche salimos en *Extra*.

Samantha le miró con el ceño fruncido.

—¿Lo ves? Y eso que dijiste que dejaríamos el aeropuerto disimuladamente, «silenciosos como ratones de iglesia», y que pasaríamos un par de días discretos en Nueva York —dijo imitando su acento británico al hablar y percatándose del movimiento nervioso de sus labios en respuesta.

—Sí, bueno, me disculpo por ello. De todos modos, media Nueva York decidió llamarme hoy para darme la bienvenida. Una secretaria no puede filtrar tantas llamadas cuando todo el mundo, desde Trump hasta Giuliani, pasando por Bloomberg y George Steinbrenner me llama. Me harté, así que nos trasladamos aquí.

—La culpa es tuya por ser tan guapo, rico y famoso —le sonrió—. Ni se te ocurra cancelar nuestra cena o la subasta de esta noche.

—¿Cómo sabes a dónde vamos a ir?

Ella le lanzó una amplia sonrisa.

—Ben me preguntó a qué hora queríamos la limusina. Le sonsaqué.

—Chivato.

—Fui yo, de acuerdo.

—¿Así que vas a llevar ese vestido?

—Para eso lo compré.

Rick se acercó lentamente, deslizando la mano alrededor de su cintura y atrayéndola contra su cuerpo.

—Mejor para mí. Nadie será capaz de quitarte los ojos de encima el tiempo necesario como para pujar por alguna obra de arte.

—Todo el mundo se arregla para las veladas de subastas de Sotheby's.

—No como tú. —La besó suave y lentamente. Eso hizo que a Sam le flaquearan las rodillas—. Dime cómo es que conoces las subastas nocturnas de Sotheby's.

—Hace tres años que no doy un golpe en Sotheby's, si es eso lo que insinúas. —«Bueno, dos años, si contaba el establecimiento de Londres.»

—Mmmm. Terminaré en la oficina a las seis. —Inclinó la cabeza y la besó de nuevo, doblando su espalda hacia atrás para darle a entender que lo decía en serio. Su mano reptó bajo su blusa, deslizándose por la piel desnuda de su abdomen.

A Sam prácticamente se le encogieron los dedos de los pies.

—De acuerdo —respondió, forzando a su mente a regresar a los asuntos que tenían entre manos—. Voy a por un tentempié, luego enviaré un fax a Stoney y me daré una ducha —le apartó suavemente la mano, se soltó de sus brazos, recogió su vestido y continuó bajando las escaleras.

Una profunda satisfacción descendió por su espalda para mezclarse con una embriagadora excitación cuando él se dirigió de nuevo escaleras arriba hasta su despacho. ¡Ja! Lo había logrado. Era la tercera vez que se había colado en una de sus casas, y en esta ocasión no la había pillado. No había sospechado nada.

—¿Samantha?

¡Maldición! Levantó de nuevo la vista hasta la parte superior de las escaleras y le vio mirando fijamente hacia la venta-

na del fondo a la que le faltaba un panel. Tenía buena vista, pero, ¡por Dios!, no tan buena.

—¿Sí, Rick? —dijo, simulando de nuevo su tono de voz. Nunca hay que revelar nada. Ésa era una de las reglas de los ladrones que su padre le había citado por norma general hasta que Martin Jellicoe había terminado entre rejas y luego muerto hacía justo tres años.

—Hay una docena de abrigo y dos maletines en la entrada —decía Rick—. ¿Cómo es que pasaste por delante de ellos sin percartarte de que estaba aquí, acompañado?

—Estaba distraída. Que te diviertas con tus acólitos.

—¿Y por qué cruzaste la puerta principal y subiste la escalera con un vestido hecho una bola debajo de la blusa?

—Tenía las manos ocupadas.

—¿Con ese panel que falta en esa ventana de ahí, por casualidad? —Bajó de nuevo las escaleras—. Te has colado en la casa.

—Tal vez —dijo con rodeos, bajando de espaldas hasta el primer piso—. ¿Y si resulta que me había olvidado la llave?

Rick se unió a ella al pie de las escaleras.

—Podrías haber llamado a la puerta. Wilder está aquí, y también Vileau —dijo, mirándola con la cabeza ladeada, sus ojos se volvieron fríos—. Y el servicio diurno.

Detestaba que Sam intentara colársela, fueran cuales fuesen las circunstancias. Samantha exhaló una bocanada de aire. Al menos sabía cuándo darse por vencida.

—Vale, de acuerdo. Boyden Locke se pasó cuarenta minutos hablándole a mis tetas mientras que le vendía unas mejoras de seguridad para su casa de la ciudad. Y luego fui a comprar el vestido, y no dejaba de fijarme en... cosas.

—¿Qué cosas?

—Cámaras, sistemas de alarma. Todo. Me estaban volviendo loca. Además, esta noche vamos a ir a una subasta en Sotheby's, nada menos. Me sentía un poco... tensa. Así que decidí acabar con mi lado oscuro colándome en alguna parte. Elegí un lugar seguro.

—Y te he pillado otra vez. —Alargó el brazo, enredando un mechón de su cabello caoba alrededor de sus dedos—. La última vez que lo hice, rompimos una silla después, según recuerdo.

Técnicamente esta vez la había pillado bastante después del

acto y sólo debido a un grave error por su parte, pero cuando sintió el brutal y voraz escalofrío descendiendo por su columna vertebral, lo último que se le pasó por la cabeza fue contradecirle. Llevó la mano hasta su nuca y se apoyó en él para darle un profundo y tierno beso.

—¿Así que, supongo que quieres otra recompensa?

Rick le acarició la oreja con la nariz.

—Por supuesto —susurró.

Sam iba a explotar.

—¿Por qué no te deshaces de tus acólitos y te recompenso ahora mismo?

Los músculos de Rick se estremecieron contra ella.

—Deja de tentarme.

—Pero me colé en tu gran y antigua casa. ¿No quier...?

La empujó contra la barandilla de caoba, haciendo que casi cayeran por encima de ella cuando capturó su boca con un ardiente y apasionado beso.

Ah, eso le gustaba más. Algo en ella no debía de andar bien, dado que después de cinco meses no se cansaba de él. Gracias a Dios que Rick sufría el mismo problema con respecto a ella.

Con todo, cuanto antes terminara su reunión, le dijo la parte lógica enterrada de su cerebro, antes podrían llegar a Sotheby's. Por intenso que fuera el deseo que sentía por Rick, aquel lugar era como la Mecca para un ladrón. Sabía que la subasta especial que iba a tener lugar era el motivo por el que había accedido a abandonar su nueva empresa de seguridad en Palm Beach para reunirse con él en Nueva York, pero jamás lo admitiría en voz alta.

Su boca se desplazó por su mandíbula, y las piernas de Sam se convirtieron en espaguetis.

—Para, para, para —farfulló, seguramente en un tono de voz tan bajo que él no pudo oírla.

Sí que la oyó. Rick retrocedió un par de centímetros.

—Se supone que yo soy la parte responsable. No tú, cariño.

—Lo sé, pero me está entrando hambre.

Rick entrecerró los ojos.

—¿De mí, de cenar o por la subasta?

—De las tres cosas, inglés. Vuelve a tu despacho y deshazte de esos tipos.

—Concédeme una hora, yanqui.

—Concedida. Pásate de tiempo y cenaré con el mayordomo.

—No, no lo harás.

Con eso, Rick desapareció escaleras arriba, cerrando en silencio la puerta después de entrar. Samantha pasó largo rato mirando la escalera con el ceño fruncido. Colega, la había cagado. No, Rick no la había pillado, exactamente, pero no se habría percatado de su entrada por la ventana de no haber sido por su propia torpeza. No es que hubiera nada de malo en interrumpir una de las reuniones de Rick, salvo por el factor vergüenza, pero acababa de entrar tan fresca en una estancia repleta de personas sin tener la menor idea de que estaban allí. Si hubiera hecho aquello en su vida anterior, en esos momentos seguramente estaría tumbada de espaldas con un perfil de tiza a su alrededor.

Agarró una manzana de la cocina, ofendiendo probablemente a Vileau, el chef, y seguidamente regresó arriba, a la habitación adyacente al despacho. En el amplio dormitorio marrón y negro que compartían Rick y ella, Samantha se arrojó de espaldas a la cama. No había duda, se estaba ablandando. La pregunta era, ¿importaba eso?

Era obvio que no podría volver a su antiguo estilo de vida mientras estuviera con Rick. Él era demasiado público, y estaba el molesto asunto de la moralidad, aparte del hecho de que mantenía amistad con muchas de las personas a quien ella había robado.

Tan sólo echaba de menos el subidón, la intensa sensación de estar viva que le producía el colarse en lugares en los que se suponía no debía estar, para adquirir cosas que se suponía no debía tener. No se quedaba con esas cosas, pero bien que había disfrutado del dinero que obtenía por ellas.

Su teléfono móvil sonó en el momento justo, con la melodía *Raindrops Keep Falling on My Head*.

—Te dije que no me llamas nunca aquí —dijo una vez sacó el teléfono móvil de su bolso y descolgó.

—Entonces, ¿dónde estás? —le llegó la familiar voz de su ex perista, padre de acogida y actual socio, Walter «Stoney» Barstone—. Por supuesto, a menos que sea lerdo, no recuerdo que me hayas dicho tal cosa.

—Me refería a mientras estoy de vacaciones.

—En tu vida te has tomado unas vacaciones de verdad. Y sólo quería descubrir cómo fue el rollo con Locke.

Sam frunció los labios.

—Fue bien. El tipo es un pervertido, pero está forrado. Dentro de una media hora te enviaré un fax con los detalles para que podamos enviarle la factura.

Stoney guardó silencio durante un segundo.

—Pareces realmente emocionada por algo.

—Sí, bueno, me colé en esta casa, más o menos, y me metí de morros en medio de una reunión de Rick.

—¿Por qué demonios lo hiciste?

—Porque antes intenté irme de compras e inspeccioné cada tienda de la avenida Madison en la que entré. Me estaba entrando un puto ataque de pánico.

Stoney tuvo la mala educación de echarse a reír.

—Pues deja de comprar en la avenida Madison, cielo. Hay cosas mucho mejores en el Museo de Arte Metropolitano. De hecho, conozco a dos tipos que tienen ofertas en firme por cualquier cosa que puedas levantar de Renoir o Degas. Estamos hablando de la friolera de medio millón para cada uno.

—Cierra el pico. No quiero saber nada de esa gente. —Mirando el teléfono con el ceño fruncido, Samantha se puso boca abajo—. Además, no me dedico a los museos, por si no lo recuerdas.

—Lo recuerdo. ¿Qué me dices de Sotheby's? ¿Convenciste al multimillonario de que te acompañara esta noche?

—Fue idea suya —respondió a la defensiva—. Y voy a mantener las manos quietecitas. Me limitaré a contemplar la vista y tal vez a aconsejar a Rick sobre obras de arte.

—Ajá. Lo que tú digas.

—Eso es lo que digo.

—Vale, cielo. Tan sólo trataba de ayudarte a que no pensaras en tu crisis.

Samantha le hizo una pedorreta con la boca.

—Con amigos como tú, bla, bla, bla.

—Yo también te quiero, Sam. Y, oye, ya que estoy interrumpiendo tus vacaciones, esas tarjetas de visita que hemos estado repartiendo por Palm Beach merecen la pena. Aubrey

recibió tres llamadas para concertar una cita el fin de semana. Una mansión, un estudio de arte y un bufete de abogados.

Ah, bien, más diversión y emoción para ella.

—¡Puaj! Ve tú a hablar con ellos.

—No quieren que yo les asesore, Sam. Quieren que lo haga la novia de Rick Addison. La que se da de puñetazos con herederas asesinas y propina palizas a tipos que le roban cuadros a Rick.

—Por Dios, Stoney, haces que me parezca a *Masked Mangler*. Utilicé el poder de mi cerebro, muchas gracias. —Por supuesto, en varias ocasiones también había acabado con una conmoción cerebral, un rasguño de bala y otra serie de cortes y moratones, pero ¡eh!, había ganado.

—Pues eso es lo que quieren. El poder de tu cerebro. Y a ti en persona.

Tres llamadas en un solo fin de semana de marzo en Palm Beach, Florida, no estaba nada mal, si lo pensaba. La mayoría de los residentes a tiempo parcial más acaudalados había partido a sus casas de verano, y el número de residentes permanentes era diminuto comparado con la afluencia invernal.

—¿Les dijo Aubrey que estaba en viaje de negocios?

—¿Así lo llamas ahora? —la escuchó suspirar—. Sí, se lo dijo.

—Entonces programaremos algo cuando regrese. Tardaré otros diez días, más o menos.

—Lo que tú digas. Sólo ten presente que no voy a dirigir esto yo solo. Somos socios, ¿recuerdas? Y, además, creo que Aubrey está desarrollando cierto interés por mí.

Samantha dejó escapar un bufido.

—Es que eres muy mono. Diez días, lo prometo. Intento ser una buena novia.

—Pues será mejor que dejes de inspeccionar tiendas. Es probable que no le guste a Addison.

En realidad no parecía demasiado molesto, o ni siquiera sorprendido. Y ella se lo había contado, lo cual tenía que servir para algo.

—Voy a colgar ya. Adiós, cariño.

Refunfuñando, se incorporó de nuevo y entró en el baño para abrir la ducha. Como si necesitara que Stoney le dijera

que el robo no armonizaba bien con su nueva vida. Dios, llevaba cinco meses reformada... y era tanto por sí misma como por Rick. Todavía resultaba demasiado extraño pensar en una vida en la que pudiera asentarse en un lugar y no tener que borrar sus huellas de cada pomo por si la policía o la INTERPOL la seguían, en busca de pruebas.

Ahora vivía en esa nueva vida. ¿Por qué, entonces, se sentía como si quisiera mantenerse alerta y como si necesitara estarlo? Las viejas costumbres y toda esa mierda, supuso. Pero dejar de volver la vista atrás por encima del hombro... eso sería más duro que recordar sonreír a los paparazzi.

Capítulo dos

Martes, 6.08 p.m.

Cuando Rick Addison acompañó por fin a sus acólitos, como los llamaba Samantha, a la salida, estaba listo para renunciar a salir a cenar y asistir a la subasta de Sotheby's en favor de pasar una tranquila velada con Samantha. Sin embargo, conociéndola como la conocía, Sam no querría hacer tal cosa.

De hecho, Rick medio sospechaba que su entusiasmo por acompañarle a Nueva York tenía mucho que ver con la invitación que había recibido para Sotheby's; tanto si ella fingía ignorancia al respecto como si no. «La subasta de los grandes maestros» parecía venirle como anillo al dedo, por así decirlo. Y si Samantha había asistido antes a alguno, no había sido para pujar.

—¿Samantha? —dijo, abriendo la puerta del dormitorio principal.

Teniendo en cuenta el poco tiempo del que disponía para ponerse su traje y llevarla a cenar si querían llegar a la subasta, parte de él se sintió aliviado al ver que Sam no se encontraba en la habitación. Por otra parte, tener que pasarse la última media hora sentado tras su escritorio para conservar su dignidad no había sido tarea fácil. Obligado a concentrarse en imágenes de la Reina Madre mientras intentaba negociar una oferta razonable para el nuevo hotel Manhattan, había terminado con dolor de cabeza y un cúmulo de frustración sexual. Wilder le había preparado su traje, y después de darse una ducha fría que no alivió en nada sus dos aflicciones, se vistió y se dirigió abajo para buscar al objeto de su obsesión.

Samantha estaba sentada en la sala de estar principal, mirando al otro lado de la calle, a Central Park.

—Espero que le quitaras la etiqueta a ese vestido —murmuró, con la garganta encogida al verla—, porque estoy pensando que deberías acostarte con él cada noche.

Samantha le miró a la cara, sonriendo ampliamente.

—Prenderíamos fuego a las sábanas.

—Sí que lo haríamos.

El vestido rojo resaltaba el color cobrizo de su cabello, que le llegaba hasta los hombros, y que había recogido en una especie de elevada maraña. Richard deseaba pasar las manos por él. Se acercó para ofrecerle la mano.

—¿Nos vamos?

—Eres todo un caballero —dijo lánguidamente con un marcado acento sureño, entrelazando los dedos con los de él y levantándose.

El gesto se debía más a que deseaba tocarla que a sus profundamente arraigadas cualidades de caballero.

—Si tuvieras la más mínima idea de lo que me gustaría hacer contigo en este preciso momento, dudo que me llamas caballero —respondió, atrayéndola contra sí para besar sus labios pintados de rojo.

—No me manches —dijo, rodeándole el cuello con los brazos.

—Más tarde, entonces —susurró, retrocediendo un paso sin intentar ocultar su reticencia a soltarla. Cada vez que lo hacía, en lo más recóndito de su mente surgía la levísima noción de que jamás sería capaz de volver a atraparla—. Tenemos reserva en el Bid.

—Estaba impaciente por ver qué aspecto tiene ahora —dijo siguiéndole hasta el vestíbulo donde Wilder les esperaba con el chal negro de Sam en las manos.

—¿Ahora? Sólo lleva unos meses abierto.

Samantha le lanzó una sonrisa mientras dejaba que el mayordomo le pusiera el chal sobre los hombros.

—Como restaurante, sí.

Estupendo. De modo que había estado en el sótano de Sotheby's antes de que hubiera sido convertido en un restaurante. ¿Acaso quería saber más acerca de eso? Sí, pero de ningún modo iba a preguntárselo delante de Wilder.

La limusina se detuvo delante en el preciso instante en que llegaban al pie de la escalinata. El conductor se apeó y se apresuró a dar la vuelta al vehículo para abrirles la puerta.

—Ben —dijo Samantha, sonriendo al conductor—. ¿Encontraste esa... cosa que te mencioné?

—¿Qué «cosa»? —interrumpió Rick.

Ben esbozó una amplia sonrisa y sacó una barrita de caramelo del bolsillo.

—Chocolate y caramelo —dijo, entregándosela a Samantha.

—Eres alucinante, tío. —Tras regalarle un beso en la mejilla al conductor, que hizo que éste se pusiera como un tomate, Samantha se subió a la parte trasera de la limusina. Richard reconsideró por un segundo su decisión de llevarse a Ben con ellos a Palm Beach. Hacerse con los servicios de un chófer en Nueva York habría sido un asunto sencillo, pero Ben sabía cosas sobre ellos, sobre sus... costumbres, de las que jamás hablaría. Y, por tanto, tenerle cerca les proporcionaba un grado extra de seguridad. O eso pensaba Richard. Se suponía que el maldito conductor trabajaba para él.

Richard la siguió.

—No te atrevas a comerte eso ahora.

Ella ya estaba retirando el envoltorio.

—Lo compartiré.

—Te quitará el apetito.

Samantha le miró con el ceño fruncido, y adrede tomó un buen bocado de la barrita de chocolate.

—No vamos a discutir por eso —farfulló, masticando.

Maldición, lo estaba haciendo a propósito, irritándole con el caramelo para que no pudiera preguntarle qué sabía sobre el sótano de Sotheby's. Y había estado a punto de dejarse distraer. Otra vez.

—Háblame de tus experiencias en Sotheby's.

—No. —Tragó, envolviendo de nuevo la barrita y guardándola en el bolso. Rick se preguntó fugazmente qué más llevaba en el pequeño bolso Gucci de mano con lentejuelas rojas; probablemente clips sujetapapeles; cinta eléctrica; un imán; y algo de cuerda. Todo aquello pararía las medidas de seguridad de cualquier parte, y con esas herramientas a su disposición podría birlar un Picasso en treinta segundos sin necesidad de nada más.

—Dijiste que habías dado un golpe allí con anterioridad. Hace tres años, ¿verdad?

Ella le miró a la cara, sus ojos verdes tan fríos como rojo era su vestido.

—En primer lugar, ¿de verdad quieres conocer los detalles de mis actividades al margen de la ley? Y en segundo lugar, ¿cambiaría mi respuesta en un modo u otro nuestros planes para esta noche?

Richard expulsó el aliento al tiempo que le sostenía la mirada.

—Sí y no.

Una volátil expresión divertida cruzó su semblante.

—Supongo que estás indeciso.

—No en lo que a ti respecta, mi amor. —Le tomó la mano, jugueteando con sus largos dedos—. Sabes que tus secretos están a salvo conmigo.

—Lo sé. —Por un momento miró por la ventanilla más allá de él—. Bromeamos mucho con las cosas, pero debo reconocer que todavía me... angustia darme cuenta de todo lo que sabes sobre mí. Y todo el daño que podrías causar con lo que sabes de mí.

—Si me permites la observación, podría decir lo mismo de ti en lo que a mí respecta.

—Cierto. Podría contarles a todos que eres un Gran Blanco entre los tiburones del mundo de los negocios, que no te gustan las patatas asadas al estilo americano y que en la cama eres una fiera. Tu reputación quedaría destruida para siempre.

Dios, deseaba besarla en ese mismo instante. Por todas partes.

—Estás cambiando otra vez de tema.

—De eso nada.

La atrajo lentamente, pasándole con cuidado un mechón suelto de su cabello caoba detrás de la oreja sin adornar. Sam detestaba los pendientes; por lo visto podían caérsele en el momento menos oportuno durante sus robos.

—Me has preguntado si quería saber y he dicho que sí. Ahora, depende de ti. O me lo cuentas o no, Samantha, pero no finjas que no estás evitando el tema.

—Listillo. —Respiró hondo, lo cual obró maravillas con sus pechos cubiertos por el escotado vestido de tirante fino—. He estado seis veces en Sotheby's.

¿Seis veces? Eso lo convertía en el equivalente a un supermercado para Jellicoe.

—¿Y por qué estás tan empeñada en ir otra vez allí y esta noche en concreto?

—¿Crees que estoy organizando otro trabajo o algo así?

—Creo que alguien podría reconocerte y que podrías acabar en prisión durante una buena temporada, mema. —Le soltó la mano y la asió de los codos, apenas conteniéndose para no zarandearla—. Y más te vale no darme una respuesta insolente al respecto.

Ella abrió y cerró la boca, como si hubiera estado considerando hacer eso mismo.

—Siempre fui disfrazada. Peluca, lentillas de color. La última vez fui una rubia tetona, condenadamente atractiva y sensual. Esta es la primera vez que asistiré siendo yo misma.

Quienquiera que fuera. En ocasiones Rick pensaba que no tenía la menor idea de eso.

—¿Piensas que después de seis veces sigue sin haber la posibilidad de que nadie haya realizado un retrato robot que se asemeje a ti?

—¿No vas a soltarme los brazos? —preguntó, bajando la voz—. Porque podrías acordarte de que no me gusta que me agarren.

No, no le gustaba. La soltó, manteniendo a raya su preocupación. Lo único que le faltaba era llevarse un rodillazo en la entrepierna que echase por tierra cualquier posibilidad de divertirse más tarde aquella noche.

—Seis veces. ¿Con qué frecuencia venías aquí? —respondió con un tono de voz más firme.

—Una vez al año, desde que cumplí los dieciséis. Por algún motivo, no lo haré este año —le lanzó una mirada sardónica—. Pero sí, probablemente debería haberte avisado antes de que podrían estar buscando a una chica con una constitución semejante a la mía.

El frío que sentía en el pecho se tornó en un iceberg lo bastante grande como para hundir el Titanic.

—Entonces, ¿dime otra vez por qué vamos? —preguntó con mucha calma.

—¿Sinceramente? Porque es un subidón —le posó la mano

sobre la boca antes de que pudiera comentar la chorrada que ella acababa de decir—. Pero nadie me hará nada estando allí, primeramente porque tienes una invitación que dice «Richard Addison y acompañante», y segundo porque estoy contigo. Como si alguien fuera a intentar humillar a la pareja de Rick Addison.

Durante un momento pasó por alto el que Sam se hubiera referido a sí misma como su pareja. A pesar de sus serias dudas, su argumento tenía sentido.

—Así que soy tu carta para no ir a la cárcel, ¿no? —refunfuñó al fin.

—Pues claro, guapetón.

—¿Cómo de tetona era la rubia en que te transformate el último año?

—Como las de *Los vigilantes de la playa*. Creo que todavía tengo el relleno en alguna parte.

—¿Y la peluca?

Le lanzó una divertida mirada furibunda.

—Si prefieres las rubias tetonas, deberías haber seguido casado con Patty.

—Sólo sentía curiosidad.

—Hum, hum. —Para sorpresa de Rick, ella se puso de espaldas para recostarse contra su pecho—. ¿Y bien? ¿Qué tal fue la reunión, querido? ¿Alguna absorción hostil o una de esas inversiones o como se diga, de capital de riesgo?

Richard acercó el rostro a su cabello, con cuidado de no despeinarla.

—Te quiero, Samantha Jellicoe —susurró, colocando un brazo en torno a su cintura.

—Yo también te quiero, Rick.

Todavía titubeaba, pero al menos era capaz de decirlo. Y siempre que decidía hacerlo, por raras veces que eso sucediera, Rick se sentía como King Kong escalando el edificio del Empire State, aplastando a todo aquel que se acercaba.

—Hoshido quiere vender el Manhattan —dijo—. Pero no puede transmitir la impresión de querer venderlo, o se colocaría en una posición más débil.

—Todo ese rollo del honor japonés —respondió, asintiendo contra su pecho—. También resulta complicado trabajar con ellos en mi profesión. En mi antigua profesión, quiero decir.

La leve punzada de preocupación le sobrevino de nuevo y la apartó por la fuerza.

—El trabajo de hoy ha consistido, en gran medida, en elaborar una propuesta con la que ambas partes estemos conformes. Ni siquiera hemos tanteado aún el precio o las condiciones.

—Ah. Todavía estás en el peligroso punto «amable» de las negociaciones.

Él soltó una risita, besándola en el cabello.

—Exactamente.

—Bueno, le vencerás, inglés. Siempre lo haces.

—Ése es mi plan. —Incapaz de resistirse, deslizó la mano por su pierna, a lo largo de la abertura de su vestido—. ¿Estás segura de que no preferirías hacer otra cosa esta noche?

—Tengo intención de hacerle un hueco a la cena, ir a Sotheby's y copular, muchas gracias. Y en ese orden, podría...

Sonó el interfono. Richard llevó el brazo hacia atrás con un suspiro para pulsar el botón.

—¿Sí, Ben?

—Estamos a punto de llegar, señor. ¿Debo parar o damos una vuelta?

Ben conocía su rutina de trabajo con alarmante precisión; Richard prefería dar una vuelta alrededor de la manzana que aparecer antes de estar completamente preparado para una reunión. Ahora el chófer se había acostumbrado, además, a la rutina social de Samantha y suya; era consciente de que tenía que comprobar si los pasajeros del asiento trasero estaban o no vestidos.

—Aquí está bien, Ben.

Se aproximaron a la acera. Samantha se irguió cuando Ben se apresuró a dar la vuelta al coche para abrirla la puerta.

—Oh, genial —farfulló, hurgando en su bolso en busca de un espejo para echar un vistazo a su cabello y al carmín de labios. Por suerte, Rick no se lo había estropeado demasiado.

—¿Qué pasa? —preguntó Rick, a juzgar por su expresión, era obvio que no veía nada malo en ella. El corazón le dio uno de esos vuelcos de felicidad—. Estás preciosa.

—No es por mí. Es por los paparazzi.

Rick siguió la dirección de su dedo, que apuntaba hacia el monolito que estaba al lado.

—No debería pillarte por sorpresa. Esta es una magnífica noche para Sotheby's.

—Lo sé, lo sé. —Tomó la mano solícita que Ben le tendía y se apeó en la acera—. ¿Pero no te parecería agradable que los asistentes a la subasta pudiésemos disfrutar de ella en privado por una vez?

—Esnob —murmuró con una amplia sonrisa. Rick se apeó de la limusina detrás de ella y la tomó de la mano. Inmediatamente dio comienzo la serie de ráfagas de los molestos flashes, y Sam adoptó la insípida sonrisa que había estado practicando desde su primera y aterradora salida en público con Addison. Mañana todos aquellos que leyeran el *Post* o el *Enquirer* verían su nombre y su fotografía y sabrían con toda precisión dónde se encontraba, con quién pasaba su tiempo y en qué lo empleaba. Pero, por Dios, Rick y ella habían salido en la televisión a nivel nacional la noche anterior, así pues, ¿que importaba ya?

—¿Te encuentras bien? —preguntó Rick, inclinándose lentamente hacia ella. Volvieron a dispararse los flashes.

«Recobra la compostura, Sam», se ordenó. A pesar de lo que le hubiera dicho a él con respecto a estar en su compañía en Sotheby's, aún podía salir algo mal. Y como solía decir Martin Jellicoe: «si algo podía irse al carajo, así sería». La clave era tener un plan de emergencia.

—Estoy bien. Únicamente me preguntaba lo verde que van a ponerme tus admiradoras en la página web por esto.

Él asintió, su mirada fija en la entrada que tenía ante sí.

—Si dejaras de pasarte por el foro de «Sally desde Springfield», no te enterarías.

—Oye, alguien tiene que defender mi honor, aunque sea yo misma. —Le hundió los dedos en el brazo—. Ya sabía yo que pasabas por allí para leer los mensajes.

—Fuiste tú quien me dijo que mis fans me habían dedicado una página web, mi amor.

Samantha siempre se había creído la maestra de la distracción y el engaño, pero Rick había resultado ser un buen contrincante. Al menos había dejado de rechinar los dientes a causa de la prensa que se agolpaba fuera de Sotheby's.

Obviamente, no eran los únicos asistentes a la subasta que habían decidido cenar en el Bid antes del evento, pero ella —y

sobre todo Rick— no se fundían, precisamente entre la multitud. Ni siquiera cuando ésta estaba compuesta por una adinerada alta sociedad americana. Cuando entraron, reconoció a muchos de los allí presente de las revistas que Rick tenía en su despacho: *CEO*, *Business-Week* y similares. Había un par de actores, aunque la mayoría de los que se encontraban en Nueva York solían estar trabajando en Broadway a esas hora de la noche. Sin embargo había críticos y productores por todas partes, los cuales, al parecer, no se molestaban en aparecer por el teatro cuando no era preciso. Sam dudaba mucho de que los críticos fueran a pujar.

Tan pronto pasaron al interior del restaurante, Samantha retomó la costumbre de mezclarse. Hacía mucho tiempo que había aprendido las reglas: la clave para no ser recordada era comportarse exactamente como el resto. Lo había hecho durante lo que parecía una eternidad, y Rick Addison no bastaba para convencerle de que cambiara.

—Es magnífico —murmuró, sentándose en la silla que le ofrecía el camarero.

—Pensé que te gustaría —respondió Rick, pidiendo una botella de vino.

—No esperaba que la gama de color fuera beis —dijo, parte de su atención no se centraba en las paredes beis, sino en aquello que las cubría y que elegantemente adornaba cada rincón y recoveco del lugar—. Aquel es un Renoir auténtico.

Él siguió su mirada.

—Lo han decorado con piezas que saldrán a subasta. —A continuación, pasó el brazo por encima de la mesa para tomar su mano, utilizó tal gesto para indicarle la hornacina en el rincón del fondo—. ¿Ves aquello?

Ella miró.

—¿El Rodin?

Rick rio entre dientes.

—Eres mejor que un libro.

Samantha le brindó una amplia sonrisa.

—Y puedo hacer muchas más cosas que un libro.

—No lo conozco. ¿Qué opinas de la pieza? Del Rodin, para evitar cualquier insinuación innecesaria.

Sí, la conocía muy bien. Echó un nuevo vistazo al tiempo

que tomaba un sorbo de vino, a juzgar por su actitud, deseaba que fuera discreta en su muestra de interés, pero prácticamente tenía un doctorado en esa clase de cosas.

—No lo había visto antes. Pero no cabe duda de que es obra suya. Líneas osadas, la piedra inacabada al pie. La disposición es muy similar a *El Pensador*, ¿no es así?

—Se ha especulado con que se trata de una pieza compañera. Desde 1883, ha obrado en poder de una misma familia en París. La historia que cuentan es que Rodin quería exponer ambas esculturas al público, pero la ciudad de París sólo pagó por la primera.

Sam continuó mirándola fijamente. Una mujer desnuda con un pie adelantado; su cuerpo se mostraba ligeramente retorcido, como si mirara hacia atrás por encima del hombro; la mano, que quedaba más atrás, estaba cerrada y hacia abajo, y la que estaba en un primer plano, tenía la palma hacia arriba y los dedos extendidos. El pie que quedaba detrás parecía alzarse de la piedra; el delantero parecía hundirse de nuevo en ella.

—¿Cómo se llama? —murmuró.

—*Momento efímero*.

Sam volvió la vista al frente antes de que él u otra persona pudieran acusarla de quedarse mirando.

—Me gusta.

—Voy a comprarla —habló en un susurro, obviamente preocupado porque al menos uno de los comensales pudiera difundirlo y alentar así el interés de otros compradores—. Me recuerda a ti.

Sus mejillas se sonrojaron. Genial. Un pequeño cumplido y se ponía en plan empalagoso.

—Mi bronceado es mejor.

—Y tu piel más cálida —convino Rick, chocando el borde de su copa contra la de ella antes de tomar un sorbo—. ¿Podrías encontrarle un sitio en el museo de Devonshire?

—Por supuesto. Diseñé la galería de las esculturas de Rawley House para que fuera descomunal. No tendremos más que arrejuntar el Miguel Angel con el Donatello, y reajustar parte de la iluminación.

—¿«Arrejuntar»? —Repitió, consiguiendo hacer una mueca—. No me cuentes más. Harás que pierda el apetito.

—Hum. No queremos que pase eso. —Samantha echó una ojeada más a la escultura—. ¿De verdad te recuerda a mí?

—Sí, de formas que no puedo describir.

—¿Y por eso quieres comprarla?

La miró fijamente a los ojos.

—Por eso quiero poseerla.

En presencia de Rick había aprendido que era posible sentirse segura y cómoda a un mismo tiempo. Sus palabras provocaron que ese mismo murmullo de satisfacción e inquietud ascendiera como un torbellino por su espalda. Naturalmente, estaba hablando metafóricamente; él no quería poseerla en el sentido estricto de la palabra, sino que deseaba tener un poco más de control. Pero, por Dios santo, bastante mal lo estaba pasando ya controlándose para dejar que otro se metiera en esa plaza.

El camarero apareció de nuevo, y Sam se sintió tan agradecida por la interrupción, que probablemente le sonrió con demasiada intensidad al ordenar la pintada. Rick se decantó por la lubina.

—Mira, yo no...

—No me has contado los detalles de tu reunión con Boyden Locke —la interrumpió, untando mantequilla en un pedazo de pan—. ¿Algo interesante?

—¿Así que ahora eres tú quien cambia de tema? —preguntó, enarcando una ceja.

Una sonrisa rozó las comisuras de su boca.

—Eres condenadamente intrépida, cielo —respondió—, pero sé cuándo he pulsado por error tu botón del pánico. ¿Te mostró Locke su Picasso?

—Sí. Y me enseñó la instalación del circuito eléctrico y el sistema de alarma. De continuar en el negocio, habría hecho mi agosto con esta mierda.

—Samantha.

—Lo sé, lo sé. Pero la gente es tan jodidamente confiada. —Se inclinó hacia delante, dándole una palmadita en los nudillos con el cuchillo de la mantequilla—. Si me colara en tu casa, ¿me enseñarías tu sistema de seguridad sólo porque dijera conocer a Donald Trump y tuviera unas tetas bonitas?

Él se echó a reír.

—No, pero es que soy muy receloso. En una ocasión una ladrona trató de entrar en mi casa...

—¿Trató? —repitió.

—El caso es que, si pudieras demostrar que conoces a Trump, porque aparecéis juntos en varias revistas y es de todos sabido que vives con él, puede que entonces estuviera más dispuesto a confiar en ti. Locke conoce tu historia. La parte que es de dominio público, claro está.

—Y eso es por lo único que se guio. ¡Zas!, está en Nueva York. ¡Zas!, conoce a Rick Addison.

—De modo que soy un pasaporte y una tarjeta de visita. Si eso capta más atención para tu empresa, entonces ¿cuál es el problema?

—No hay ninguno —le miró con el ceño fruncido—. Sólo estaba siendo cínica.

—Ya lo he notado. Algunos de tus clientes me llaman primero para hacer algunas indagaciones sobre ti, si eso te hace sentir mejor.

—¿Quién te ha llamado?

—Algunos de ellos. Resulta obvio que he dicho cosas buenas de ti.

—Gracias, tío. ¿Te llamó Locke?

—No. Por lo visto empleó el método «¡zas!», tal como sospechabas.

Podría haberse pasado los siguientes cuarenta minutos especulando acerca de por qué Rick había decidido no contarle hasta ese momento que algunos de sus posibles clientes estaban haciendo averiguaciones sobre ella, o podía disfrutar de una sabrosa pintada con costra de tocino italiano. Rick no se había equivocado en lo referente a la decoración: paredes lisas, pero cubiertas con muestras de las piezas que iban a salir a suabasta. Dios santo. Esperaba que nadie salpicara el cuadro *Paisaje inglés* de Constable con salsa de espaguetis.

Debían de tener alarma, ¿no? ¿O acaso Sotheby's confiaba en el número de testigos, en la abarrotada hilera de compartimentos y mesas, y en la seguridad desplegada para garantizar la seguridad de lo que ascendía a millones de muy tentadores dólares?

—¿Qué sucede? —preguntó Rick, interrumpiendo sus pensamientos.

Samantha parpadeó.

—¿A qué te refieres con qué sucede?

—Estás prácticamente babeando.

—De eso nada. Únicamente me pregunto por el nivel de seguridad. La última vez que estuve en Sotheby's, esto era el sótano de almacenaje. Quiero decir que, olvídate de ladrones, pero ¿y si algún día estornudara sobre un Rembrandt?

—Ignoro qué precauciones toman. ¿Te gustaría que solicitara ver al director?

No estaba del todo segura de si Rick le tomaba o no el pelo, pero no pensaba sentarse tranquilamente con un tipo cuyo negocio había robado en media docena de ocasiones durante el mismo número de años.

—No soy tan cauta. ¿Cuándo vamos arriba?

—La subasta comienza dentro de una hora. Suponía que tendríamos tiempo para pasear por la galería antes de que comenzara.

—Bien. Me gusta esa parte.

—Me lo imaginaba.

Samantha se concentró en su cena durante un momento.

—Realmente estás actuando como si creyeras que voy a cometer un robo.

—Fuiste tú quien accediste a acompañarme a Nueva York sólo después de que recibiera la invitación para venir aquí esta noche.

De acuerdo, así que se había percatado.

—No es la única razón por la que estoy en Nueva York. Pero reconozco que me produce curiosidad estar aquí de forma honrada, aunque no sea más que el bomboncito que va del brazo de Rick Addison.

—Esta noche eres una clase muy amarga de bomboncito —apuntó con ligereza—. Ojalá me contases qué te preocupa de verdad. Tiene algo que ver con tus compras de hoy, lo sé, pero eres más cerrada que un huevo, como suele decirse.

—Me tomaré eso como un cumplido. —Inhalando una profunda bocanada de aire, Samantha dejó el cuchillo y el tenedor—. Muy bien. No sé qué me está sacando de quicio. Lo que sucede es que estoy nerviosa aunque sé perfectamente que no va a suceder nada.

Sus ojos azules la miraron fijamente.

—Tiene sentido. Has pasado la mayor parte de tu vida metiéndote en problemas y eludiendo después las consecuencias. Así que ahora...

—Oye —le interrumpió, frunciendo el ceño—. Eso no suena nada halagador.

—Es un hecho. Robas un Monet y a continuación haces lo imposible para que no te cojan. Así que ahora que tu vida se ha sosegado un poco, creo que estás a la espera de que caiga el otro zapato.

—Odio que me analicen.

—Sólo intento ayudar.

—Bueno, pues para. Sea lo que sea lo que me está sacando de quicio, yo me ocuparé. Y no echando mano a un Picasso y huyendo con él, no te preocupes.

—Siempre me preocupo, pero no por eso.

Después de aquello, le pareció mejor idea guardarse sus pensamientos para sí misma y terminar de cenar. Evidentemente también Rick se daba cuenta de que si decía una sola palabra más se vería con un tacón de siete centímetros clavado en la pantorrilla, puesto que desistió. Sí, tal vez Sam era demasiado consciente de su entorno, como si eso fuera algo malo. Puede que ahora fuese algo completamente innecesario, pero teniendo en cuenta que en los cinco meses que hacía que conocía a Rick había estado a punto de volar por los aires, le habían fracturado la cabeza, sufrido dos accidentes de coche, disparado y acabado tuteándose con un detective de la policía de Palm Beach, estar alerta parecía una reacción muy inteligente.

—¿Postre o galería? —preguntó Rick al fin, llevándose la servilleta a la boca de ese modo masculino, y sin embargo sensual y sofisticado, que tenía de hacerlo.

—Galería —decidió, a pesar de la visión de los decadentes bombones en el carrito de los postres que pasó por su lado.

Rick se puso en pie, rodeando la mesa para retirarle la silla y ayudarla a levantarse.

—Entonces, que dé comienzo el espectáculo.

—Amén a eso.

Capítulo tres

Martes, 8.21 p.m.

—¿Se supone que debemos dar gracias por esto? —murmuró Richard, recogiendo sus llaves y observando desde el otro lado del puesto de detección de metales.

Justo detrás de él, Samantha recogió su bolso rojo de lentejuelas de la mesa contigua.

—Seguramente —respondió con el mismo tono de voz bajo, enganchándose al brazo de Rick—. La seguridad parece ser más rigurosa cada año. Era divertido intentar descubrir qué más se les había ocurrido, y qué debía hacer para sortearlo.

La subasta más reciente de Sotheby's a la que había asistido Richard había sido dos años atrás en Londres, y la seguridad había sido adecuada aunque discreta en deferencia a la clientela. Allí, en Nueva York, suponía que el siguiente paso sería un registro corporal en busca de caries.

—¿Y estás absolutamente segura de que nadie te reconocerá de aquellos «divertidos» encuentros?

Sam apoyó la curva de su cuerpo contra su costado, y el corazón de Rick se aceleró en respuesta.

—Posiblemente me conocen por estar contigo, o creen que me conocen de alguna parte, pero nadie me reconocerá por birlar cuadros aquí.

Dios, que segura estaba de sí misma, pero a juzgar por lo que había visto y oído de ella, tenía sobrados motivos para estarlo.

—Acepto tu palabra, pero, de todos modos, me mantendré alerta.

Samantha le obsequió con su impredecible sonrisa.

—Debo reconocer que molaría mucho verte interfiriendo por mí mientras yo escapo.

—Ten presente que no vas a ninguna parte sin mí.

Pasaron de largo lo que parecía un número absurdo de agentes de seguridad uniformados y de paisano, aunque si Samantha Elizabeth Jellicoe hubiera estado de verdad al acecho, dudaba que todo el personal de Sotheby's bastara para impedirle hacer exactamente lo que pretendía.

Y cualquiera que no la conociera pensaría que Samantha estaba completamente serena y disfrutando de la velada. Aunque, personalmente, no dudaba de lo último, podía ver su mirada alerta, el modo en que reparaba en cada cámara, cada salida y en cualquier persona que se interponía entre la calle y ella.

Teniendo presente que la seguridad en sí misma de Samantha podría, en raras ocasiones, ser exagerada o inapropiada, hizo que se sentara hacia el fondo de la estancia y justo en el pasillo central. Por innecesario que fuera, Richard había convertido en su misión principal mantenerla a salvo. Y por mucho que dicha misión pudiera distraerle de sus sustanciales intereses laborales, también era muy posiblemente lo más interesante y excitante que jamás había hecho. Para alguien con su experiencia y bagaje, aquello eran palabras mayores.

—Damas y caballeros, soy Ian Smythe —dijo el enjuto hombre vestido de negro desde el podio en la parte delantera de la sala—, y seré su subastador de esta noche. Les ruego tengan en cuenta que además de los pujadores presentes en la sala, tenemos veinte líneas telefónicas y cinco cuentas en Internet abiertas para las partes interesadas que no pueden asistir en persona a esta velada.

Samantha se inclinó hacia la oreja de Richard, la caricia de su aliento era cálida y embriagadora.

—O para aquellos que no están dispuestos a revelar su identidad al FISCO o a cualquier ladrón que pudiera estar sentado entre la audiencia —concluyó.

Sí, se estaba divirtiendo, sin duda.

—Shh.

—Y, todavía, un anuncio más —prosiguió Ian—: Nos sen-

timos enormemente emocionados de informarles que mientras nuestros expertos evaluaban el cuadro de Hogarth, que figura en la lista del catálogo de ventas con el número 32501, un segundo Hogarth ha sido descubierto oculto bajo el primero en el mismo marco. Después de consultar a los propietarios, Sotheby's se complace en anunciar que han decidido sacar a subasta el segundo Hogarth. La obra estará disponible para ser vista durante el descaso, y se le asignará el número 32501A.

A juzgar por la repentina cháchara y los excitados murmullos de la multitud, Richard no era el único sorprendido por las noticias. Samantha le arrebató el catálogo de ventas del regazo y lo abrió por la página adecuada.

—*La flota pesquera* —dijo, mirando fijamente la fotografía del conocido Hogarth—. ¿Sabes quién es el propietario?

Richard negó con la cabeza.

—Resulta evidente que no ha cambiado de manos recientemente, o alguien se habría percatado mucho antes de que había una segunda pintura oculta tras la primera. El tema de *La flota pesquera* es atípico en sí mismo; William Hogarth se centra habitualmente en la denuncia social satírica. Este es, sencillamente... hermoso.

—Es genial —susurró, entregándole el reluciente catálogo—. Cuando me dedicaba a la restauración en el Museo Norton, des...

—Tu trabajo fijo —interrumpió con una lánguida sonrisa.

—Sí, uno de los pocos. Bueno, encontramos un segundo lienzo detrás de un Magritte, pero no era más que algo indefinido sin firma, como si su hijo hubiera estado jugando con las pinturas y no se hubiera molestado en sacarlo del armazón antes de colocar un nuevo lienzo.

—Raras veces sucede. Si guardo en secreto el Hogarth hasta que abra el museo de Rawley House, nos reportará un montón de publicidad gratuita. Es un artista inglés, a fin de cuentas. Samantha enarcó una ceja.

—¿Ya te estás adelantando a los acontecimientos, eh? Tienes que poseerlo antes de poder sacarle partido.

Tomándola de la mano, Richard la besó en los nudillos.

—Si me gusta, lo poseo.

—Mmm, hum. —Liberó su mano de un modo un tanto

brusco—. Cuidadito con jactarte, inglés. Estoy aquí debido a locura mutua simultánea. No a una cuestión de posesión.

¡Maldita sea! De cuando en cuando olvidaba que Sam no necesitaba que la impresionara con su poder y su riqueza. De hecho, mencionar con frecuencia ambas cosas era probablemente el modo más efectivo de alejarla de él.

—Discúlpame, Samantha —murmuró—. Tan sólo me refería a que no deberías dudar de mi resolución.

Ella dejó escapar un bufido.

—Ah, de eso no tengo la menor duda. Eres un tipo muy resuelto. Dedícate a pujar. Yo estoy aquí por las vistas.

Por fortuna, Ian Smythe golpeó con el mallete y abrió la subasta antes de que Rick pudiera comenzar a alegar que jamás había intentado influenciarla con su dinero. Samantha se recostó un poco y dejó escapar el aliento. Rick hacía que la vida fuese fácil, segura y cómoda, y la parte de sí misma que se había pasado la mayoría de su vida volviendo la vista atrás por encima del hombro únicamente quería dejarse caer entre almohadones de plumas y cubrirse la cabeza con sábanas de satén.

Gracias a Dios, la otra parte de sí misma, aquella que podía contar hasta siete (el número de años que tardaba en prescribir un delito sin sangre), sabía que todavía le quedaban seis años para poder comenzar a relajarse de verdad. Y esa misma parte seguía mortalmente asustada de que «cómoda» pudiera ser sinónimo de «aburrida». Sin duda así había sido cuando ese día habló con Boyden Locke. Y cuando había consultado con la otra docena de clientes a los que había asesorado durante los últimos dos meses. El dinero estaba bien, pero comparado con el modo en que solía ganarse la vida, aquello parecía demasiado... fácil.

Por supuesto que la excitación de su antigua vida tenía también sus desventajas. Había recibido un par de miradas hostiles por parte de los miembros más veteranos del servicio de seguridad de Sotheby's, pero había tenido razón con respecto a que Rick Addison le proporcionaba una red de seguridad impresionante. Apretándose un poco más a su lado, se sumergió en el excitante ritmo de pujas y gestos de asentimiento, explosiones de aplausos y comentarios. Menuda gracia, la última

vez que había hecho aquello, su corazón había latido a millones de kilómetros por hora mientras esperaba a que alguien realizara la puja ganadora por un Degas particularmente valioso para que el personal lo devolviera a su segura ubicación en el sótano. Y luego se había puesto manos a la obra.

Con una leve sonrisa provocada por el recuerdo, clavó de nuevo la mirada en la flor y nata de la alta sociedad. Algunos pertenecían sin duda a antiguas fortunas, pero aun cuando ninguno de ellos generase noticias de modo habitual, sabía quiénes eran. Durante el curso de su carrera les había limpiado alguna que otra de sus posesiones de valor al menos a una docena de ellos. Sus ojos descubrieron una figura que se encontraba hacia la mitad del fondo de la sala, de pie entre las sombras de una de las modernas esculturas que salían a subasta. Estatura media; delgado; constitución enjuta; cabello castaño claro, que comenzaba a encanecerse, y un elegante traje de aspecto caro; encajaba tan bien en la sala como cualquiera... salvo por sus manos.

Sus dedos largos no paraban quietos, tamborileando sobre sus muslos con un ritmo fruto del nerviosismo más que de la melodiosa voz persuasiva de Ian o del golpe del mallet del subastador. Como si sintiera su mirada, el hombre se giró y la miró fijamente, sus ojos marrones se clavaron en los verdes de Sam, volviendo a continuación la vista al frente.

Había visto aquellos ojos durante toda su vida, a excepción de los últimos seis años. Martin Reese Jellicoe.

Samantha se inclinó bruscamente hacia delante, ahogando un grito con tanto ímpetu, que pudo escuchar el áspero temblor de su propia respiración. El corazón acababa de pararse. Sus dedos se convirtieron de pronto en hielo y el bolso cayó estrepitosamente al suelo a sus pies. Aquél sonido pareció estridente incluso en medio del murmullo proveniente de la amplia sala.

—¿Samantha? —Murmuró Richard, lanzándole una mirada de reojo antes de agacharse a recoger su bolso de mano y volvérselo a colocar sobre el regazo—. ¿Sam? ¿Qué sucede?

«Recobra la compostura, recobra la compostura.» Sólo porque a nueve metros de ella hubiera un fantasma y hubiera perdido la razón, porque necesitara gritar, vomitar y huir a algún

lugar tranquilo en el que pudiera pensar, no significaba que tuviese que informar de ello a nadie.

—Lo siento —respondió parsimoniosamente—. Todas estas cantidades de dinero están haciendo que me maree.

Él rio suavemente entre dientes.

—Espera hasta que me oigas ponerme en marcha.

Samantha apenas reparó en lo que él decía. Tomó aire con mayor lentitud. Esperando el tiempo suficiente para que nadie se percatara de que su atención estaba centrada en una persona en particular de la audiencia en vez de en la subasta, dirigió de nuevo la mirada hacia las sombras. Prácticamente había creído que miraría un espacio vacío, pero él seguía aún allí, de pie.

Madre del amor hermoso. Su padre —¡su padre!— estaba en Sotheby's. Su difunto padre. Aquél que murió en una cárcel de Florida tres años atrás y cuyo entierro barato en los terrenos penitenciarios había contemplado a través de unos prismáticos a ochocientos metros de distancia. Puede que Martin Jellicoe hubiera sido el mejor ladrón de guante blanco en algún tiempo, pero ni siquiera en el momento álgido de su carrera hubiera podido fingir su propia muerte. Escapar, seguro, así era como había terminado en la Institución Penitenciaria Okeechobee, tercera prisión, y de máxima seguridad, que había intentado retenerle.

Tratando de mantener la respiración regular y de evitar que su desbocado corazón le atravesara la caja torácica, Samantha metió la mano en el bolso y rozó su teléfono móvil con los dedos. Pero ¿a quién se suponía que debía llamar? ¿A la junta directiva de Penitenciarías de América? ¿A los cazafantasmas? ¿A Stoney? Si Stoney hubiera sabido algo de eso... No lograba imaginar que pudiera saberlo y no se lo hubiera dicho. No después de todo por lo que habían pasado juntos. Pero claro, su padre lo sabía, obviamente, y no había pasado los últimos tres años a dos metros bajo tierra. Y durante los últimos cinco meses Sam había tenido una dirección muy pública. Si se hubiera tomado la molestia de contactar con ella, seguramente lo recordaría.

—Allá vamos —dijo Rick a su lado.

Ella se sobresaltó.

—¿Qué?

—El Rodin —le lanzó una mirada medio enojada—. Intenta permanecer despierta. Yo, al menos, lo encuentro muy excitante.

—Yo también —respondió, saliendo de sus cavilaciones. Resultaría infinitamente más sencillo si simplemente pudiera acercarse y preguntarle a Martin dónde había estado y qué estaba tramando, pero todos sus instintos le decían a gritos que aquélla era una idea realmente nefasta—. Tan sólo pensaba en el Hogarth —mintió—. Me pregunto cuándo han descubierto la segunda pintura.

—Lo preguntaré en el descanso. —Alzó el catálogo en la mano, tranquila y despreocupadamente, e Ian Smythe agregó otros diez mil dólares al precio actual de la escultura. Un minuto después, el precio comenzó a subir en incrementos de cincuenta mil primero, y más tarde de cien mil dólares.

El descanso. Tal vez podría arreglarlo para hablar con Martin entonces. Mientras estaba sentada y trataba de adoptar la misma expresión serena, un tanto divertida e interesada, de Rick, otro pensamiento se había unido a los que circulaban por su cabeza: por qué Martin Jellicoe; por qué aquí y ahora.

Si ella hubiese sido la causa, podría haber aparecido en cualquier momento antes de ese día. Aun sin contar los últimos tres años, había dispuesto de las dos horas que había pasado de compras, y de la carrera matinal que había dado por Central Park varias horas antes de eso. Sotheby's no era un lugar lógico para revelarles repentinamente a su hija su «no» muerte, lo que venía a significar que ella no era el motivo de que se encontrase allí esa noche. Lo cual dejaba otra opción: el robo. Pero ¿de qué?

—La puja telefónica está en doce millones cuatrocientos mil. ¿Ofrecen doce quinientos? —la voz de Ian Smythe interrumpió sus pensamientos de nuevo.

Rick alzó el catálogo.

—Doce quinientos. ¿Alguien ofrece doce seiscientos?

—Rick —susurró Samantha—, ¿puedo ver el catálogo?

—¿Ahora? —le dijo sin palabras.

—Sí.

—Lo estoy utilizando.

—Necesito echarle un vistazo a una cosa. —Buscar una

pista de lo que podría haber llevado a su padre a reaparecer repentinamente después de tres años.

Rick hizo una nueva señal con él.

—Échale un vistazo dentro de un minuto.

Samantha tomó aire.

—Vale. —Luchar con él por el catálogo no le serviría de mucho. Ansiosa, nerviosa como estaba por hallar respuestas, otros cinco minutos apenas cambiarían nada.

—La puja está ahora en trece millones de dólares a favor del señor Addison —dijo Smythe, girando el mallette en su mano—. ¿He oído trece doscientos cincuenta?

Se escuchó un murmullo general en toda la sala, pero nadie pestañeó, asintió, arañó o alzó la mano. También Samantha contuvo la respiración. Rick quería el Rodin, pero también era un avisado hombre de negocios que no pagaría más de lo que algo merecía. Fuera cual fuese su límite, tenía que estar cerca. Sin embargo, su expresión continuaba siendo serena y despreocupada. A pesar de los nervios, una sensación de expectativa fluía por todo su ser. Y eso que no era más que una simple mirada interesada. Rick era asombroso. No era de extrañar que poseyera una buena porción del mundo.

—¿Nadie? ¿Trece doscientos, tal vez? ¿Señora Quay? ¿No? Muy bien, trece millones a la una, trece millones a las dos, adjudicado —y el mallette golpeó contra el atril—, al señor Richard Addison por trece millones de dólares. —Smythe sonrió—. Felicidades, señor. ¿O debería decir milord?

La sala prorrumpió en aplausos, a los cuales Samantha se unió a destiempo, mientras Rick desestimaba la pregunta con un ademán. Era tan discreto en lo relativo a su sangre azul que la mayoría de la gente, a menos que formaran parte de su club de admiradoras, seguramente no tenía la menor idea de que era marqués de Rawley, un verdadero y genuino aristócrata.

—Eres tan guay —le susurró a Rick, acercándose lentamente para darle un beso en los labios.

—Gracias, mi amor. —Tuvo la buena educación de fingir que ella hacía tales gestos de afecto en público con asiduidad, y puso fin al beso antes de que pudiera hacerlo ella. A continuación le entregó el catálogo—. ¿Y bien? ¿Qué querías mirar?

—Solamente al...

—Rick, enhorabuena. —Gracias a Dios, uno de los otros pujadores los interrumpió antes de que Samantha tuviera que inventarse algo, que con suerte, pareciera menos desconcertante de lo que ella se sentía.

Mientras Rick charlaba con quienes le daban la enhorabuena y los agentes llevaban la siguiente pieza, Samantha hojeó el catálogo. Si Martin estaba allí para llevarse algo, tendría que ser una pintura; ninguna de las esculturas de esa noche eran lo bastante pequeñas o ligeras como para echarles el guante y huir. ¿Pero qué pintura?

Una vez más se detuvo ante la foto del Hogarth. El segundo Hogarth, al que ninguno de los presentes le había echado la vista encima, no sería la venta más alta de la noche, pero posiblemente sería la más sobresaliente. Sin embargo, si su padre se había enterado de ello al mismo tiempo que el resto de la sala, seguramente aquello no era lo que buscaba.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —preguntó Rick, la-deándose para bajar la vista hacia la página—. ¿El Hogarth, otra vez? Detestas los enigmas, ¿verdad?

—Me gustan cuando están resueltos —respondió—. ¿Cuándo es el descanso?

—Después del Manet. —La miró de frente, con la curiosidad reflejada en sus ojos azul oscuro—. ¿Qué sucede?

—Nada. —Se encogió de hombros, negándose a dejar que su mirada vagara hacia la figura entre las sombras—. De acuerdo, puede que esté acostumbrada a estar ocupada en actos como éste.

—¿Quieres pujar por el nuevo Hogarth en mi lugar? Samantha parpadeó.

—Dios mío, no. Pero ¿estás seguro de que quieres pujar por él, sin haberlo visto? ¿Y si te espanta? ¿Y si es un timo?

—Por lo general me gustan las obras de Hogarth. Y no te preocupes. Haré que comprueben el origen de la otra pintura antes de hacer nada. —Le tomó la mano—. ¿Le echarás un vistazo tú también? Eres más rápida y precisa reconociendo falsificaciones que nadie que conozca.

—Gracias, supongo. Claro, le echaré un vistazo. —«Mierda. Se acabó pasar el descanso hablando con su difunto padre.»

Rick le acarició la parte interna de la muñeca con el pulgar.

—Relájate, Samantha. De lo único que tienes que preocuparte esta noche es de mí. ¿He mencionado que encuentro las subastas muy excitantes? —La besó en el lóbulo de la oreja.

Se estremeció a pesar de estar distraída. Independientemente de lo que pudiera tener en mente, Rick Addison poseía la habilidad de ponerla caliente y cachonda cada vez que fijaba los ojos en él. Cuando verdaderamente trataba de ponerla a cien, ¡Dios bendito!, el mundo entero desaparecía.

—Me has puesto húmeda —susurró, arqueando el cuello hacia su boca.

—¡Dios santo! —respondió entre dientes—. Olvidémonos de los Hogarth y salgamos de aquí. Quiero estar dentro de ti.

Ay, santo Dios, lo deseaba. Pero si se marchaban ahora, puede que nunca pillara de nuevo a Martin. Y necesitaba algunas respuestas.

—Mantén los pantalones subidos, inglés —ordenó con un tono de voz apenas audible—. Puedes tenerme después.

—Eso pretendo. Ahora devuélveme el folleto para que pueda cubrirme el regazo y conservar algo de dignidad.

Samantha lanzó un bufido. No, no la estaba distrayendo en absoluto. Le entregó el catálogo.

—Pero mira que eres facilón.

—Sólo si se trata de ti.

El Manet se vendió en siete millones y pico, y cuando Ian Smythe anunció un descanso de veinte minutos, la mitad de la audiencia se puso en pie y se dirigió hacia la vitrina cerrada que se encontraba a un lado de la habitación. Rick no era el único interesado en el recién hallado Hogarth. Cuando la tomó de la mano y la hizo unirse al gentío, Samantha no pudo evitar echar un nuevo vistazo en dirección a Martin. Su padre no se había movido.

De no ser por el tamborileo de sus dedos, podría haber sido otra pieza de arte moderno. Aunque aquél era un viejo y efectivo truco. Uno se queda inmóvil en un lugar discreto, y la gente tiende a no reparar en ti. Y entonces, si de pronto desapareces, esa misma gente cree que el haberte visto se ha debido, seguramente, a un error. O al menos así lo creerían hasta que las alarmas comenzaran a dispararse y apareciera la policía. Por supuesto, tú te habrías esfumado haría ya mucho tiempo.

El asombro y la incredulidad todavía persistían en lo más recóndito de su mente, pero dejó ambas cosas a un lado. El cómo y qué podían esperar hasta que dispusiera de tiempo para pensar en ello. El porqué era lo que importaba en esos momentos.

—Sí —decía uno de los expertos en pintura de Sotheby's, una manifiesta emoción corría justo bajo el meloso tono de vendedor de su voz—, fue hace unas dos semanas. Antes de la subasta verificamos la autenticidad y la propiedad del objeto, y fue durante dicho examen cuando descubrimos un segundo lienzo bajo el primero. El primer Hogarth había pasado de mano en mano por herencia, y probablemente no había sido examinado minuciosamente desde hacía más de cincuenta años.

Con un extravagante ademán nervioso, retiró la tela que cubría el lienzo. Samantha lo miró con el mismo interés que todos, exceptuando a una persona. Además de admirar las pinceladas seguras y los tonos pastel de una puesta de sol en el océano, con una flota naval surcando la espumosa superficie, también reparó en el tamaño y en el marco, y dedujo el posible peso. Hacía dos semanas que Sotheby's estaba al corriente. Habría sido descubierto después de que hubiera salido el catálogo de ventas, lo que explicaba la falta de publicidad, pero dudaba que alguien implicado hubiera guardado el secreto. A la casa de subastas no le habría venido mal la publicidad positiva y, maldita sea, se llevaban un porcentaje de cada venta.

Dos semanas. Según su experiencia, aquel era tiempo más que suficiente para que alguien se enterara de ello, decidiera que deseaba poseer algo cuya existencia era ignorada por casi todos e hiciera los preparativos para una entrega. ¡Maldita sea!, Martin tenía que estar allí por el Hogarth.

—Es magnífico, ¿no te parece? —murmuró Rick junto a su hombro—. Mejor que el que lo cubría.

—Me gusta la composición —reconoció—. Deben de ser piezas gemelas.

Él asintió.

—Estoy de acuerdo. Me parece que voy a adquirir los dos. No deberían estar separados.

La experta se dispuso a cubrir de nuevo el cuadro. Samantha sabía a dónde iría desde ahí: de vuelta a un área de almace-

naje segura hasta que llegara su turno de ser subastado. Y sabía lo seguro que probablemente estaría allí.

—Discúlpeme —dijo, empleando un tono de voz ingenuo y entrecortado—, ¿le importaría dejarlo a la vista? Me gustaría disponer de algunos minutos más para contemplarlo.

La multitud estuvo de acuerdo con ella, y tras una breve conversación, dos empleados cargaron con la pintura y la depositaron en un rincón del podium de la subasta. Cuando Samantha se dio la vuelta y se dirigió con Rick para ocupar de nuevo sus asientos, encontró a Martin mirándola fijamente. Ahí tenía la respuesta: iba detrás del Hogarth. Y también Rick. ¡Joder!

Aquella era una pesadilla que jamás esperó tener. Y no le quedaban más que tres pinturas para dar con una solución. Después de eso, subirían el primer Hogarth para la subasta.

De acuerdo. Estaba acostumbrada a solucionar cosas con celeridad. Asuntos importantes. Asuntos de vida o muerte. ¿Qué tres opciones tenía? Una, contarle a Rick que Martin no estaba muerto, que estaba en Nueva York y que por lo visto tenía previsto robar uno o los dos cuadros a los que Rick les había echado el ojo. Dos, acercarse a Martin, saludarle y decirle que dejara en paz los Hogarth porque su novio quería comprarlos. O tres, conseguir que Rick pasara de los cuadros, se fuera a casa y tener sexo con él hasta que ambos perdieran el conocimiento y ella pudiera despertar y darse cuenta de que tan sólo había estado soñando con Martin.

Definitivamente, la opción número tres. De todos modos, Rick ya había sugerido marcharse temprano.

—¿Rick? —dijo, arrimándose lentamente a su lado.

—¿Mmm, hum? —Su mirada y su atención permanecieron centradas en la subasta.

—Sólo pensaba en lo que dijiste antes. Antes del descanso. Ya sabes, era muy buena idea. —Se desperezó, rozándole el muslo con los dedos.

Él le lanzó una fugaz mirada.

—¿Cómo dices?

—¿Cómo de directa quieres que sea, cielo? —susurró—. Todos estos cuadros, todo este dinero... me estoy poniendo bastante cachon...

—No, de eso nada —respondió, un ligero ceño cruzaba su delgado rostro—. ¿Qué estás tramando?

—Nada. No tramo nada, a excepción de que intento decirte que quiero estar excitada, sudorosa y desnuda contigo.

La miró a la cara.

—¿Por qué quieres marcharte justo ahora, Samantha?

Si Rick quería una explicación de por qué quería tener sexo con él, es que al parecer esa noche había perdido todo su magnetismo. Así pues, ¿se suponía que debía sentirse ofendida o desistir?

—Si vas a interrogarme, no pienso prestar atención, colega. Su expresión se relajó un poco.

—Pues quédate ahí y observa, y ya me ocuparé yo solito mientras tú decides si quieres o no unirte.

La boca se le secó.

—Joder, Rick, larguémonos de aquí.

—Dame quince minutos y tendremos dos Hogarth si quieres que nos los llevemos a casa. Pueden mirar.

De acuerdo. La opción uno había sido la de contarle a Rick que Martin había reaparecido. ¡Mierda! Rick detestaba que se quedase cerca de Stoney, y el perista se había retirado cuando ella lo hizo. Si descubría que un criminal aparentemente fugado y vivito y coleando, que resultaba ser su padre, se encontraba en la habitación y quería el Hogarth, se pondría hecho una fiera. Había cuestionado sus motivos para estar en Nueva York de por sí, y tenía buena parte de razón. Aparte de eso, odiaba dar explicaciones cuando ni ella misma conocía todas las respuestas. Tenía que hablar con Martin. En cualquier caso, existía una especie de código de honor entre ladrones, una vez que se alcanzaba el nivel de destreza que Martin y ella tenían. Cuando Rick comenzara a pujar, su padre reconocería que las pinturas eran de su interés, legítimo o no, y se retiraría. Al menos hasta que pudiera hablar con él.

Aquello tenía sentido. Y dado que no había nada más que pudiera hacer por el momento, aparte de disparar las alarmas y gritar «¡fuego!», eso tendría que bastar. Se recostó en la silla contra el costado de Rick y él le echó el brazo sobre los desnudos hombros.

—¿Ahora ya sí vas a atender?

—Ah, sí. Tú date prisa con esto.

—Tus deseos son órdenes, mi amor.

Maldita sea, mira que era cabezota, aunque lo bueno del caso era que Rick era el tipo más listo que había conocido y endemoniadamente atractivo, por si fuera poco. Si no podía vencerle para que no pujara, tendría que albergar la esperanza de que Martin recordara, y se ciñera, al código del honor. Pero tenía que estar segura, y todavía necesitaba hablar con él.

Metió la mano en el bolso en busca de papel y bolígrafo mientras la puja por el primer Hogarth daba comienzo. Sólo por un segundo consideró que su primera —bueno, segunda—, reacción al ver a su supuestamente fallecido padre fue de preocupación porque pudiera crearles problemas a Rick y a ella. Pero Sam jamás había afirmado provenir de la tribu de los Brady o de los Cunningham, o de cualquier otra que hoy en día pasara por ser una familia normal.

«M.» garabateó, mientras Rick seguía centrado cada vez más en el elevado precio del Hogarth número uno. «Reúnete conmigo en la estatua de Balto a las D/demonio». Había mucho más que deseaba decir, pero el tiempo, el espacio y una paranoia bien aguzada, le impedían explayarse e ir directa al grano. Nada de nombres, nada de fechas, incluso la «M» era forzar las cosas un poco. No le cabía la menor duda de que él recordaría el código que indicaba las dos a.m. De noche era más seguro, aunque deseaba verle desesperadamente a la luz del día.

El mallete resonó en la parte delantera de la sala, haciendo que se sobresaltara. Por un segundo no supo quién había ganado el cuadro, hasta que el hombre sentado detrás de ellos le dio una palmadita a Rick en el hombro.

—Bien hecho, Addison.

—Gracias.

Cuando Rick se volvió hacia ella, Samantha se acercó para darle un suave beso en la boca.

—Eres el mejor comprador que he conocido en mi vida —susurró.

Él rio entre dientes contra su boca.

—Cinco millones es un poco bajo. La lucha será por el segundo. ¿Qué estás escribiendo?

—Me he acordado de algo que tengo que decirle a Stoney —mintió sin problemas.

—¿Has...?

—Nuestro próximo lote —anunció Ian Smythe en el momento oportuno— es el 3250A. La puja inicial es de... dos millones setecientos mil dólares. ¿He oído ocho?

Una docena de manos, dedos, catálogos, cejas y barbillas se alzaron. Era obvio que Rick y Martin no eran los únicos que iban tras el Hogarth. Cuando divisó a uno de los directores ejecutivos de Mobil Oil meneando los dedos, Samantha tuvo la fugaz esperanza de que otra persona que no fuera Rick acabara en posesión de la pintura. Entonces Martin podría hacer lo que le diera la gana con él... lo que no respondía a la pregunta de cómo demonios seguía con vida, pero sí significaba que Rick y él —y ella y él— no estarían en conflicto directo.

—Ah, veo que podemos dar un pequeño salto —dijo Smythe, con un murmullo de carcajadas—. Vayamos con cinco millones, pues, ¿les parece? ¿Alguien me acompaña?

La misma docena de postores respondieron, además de otros cuatro o cinco más.

—Tienes unos quince competidores —murmuró Samantha, mirando subrepticamente en derredor.

Para su sorpresa, Rick bajó el catálogo.

—Entonces, esperaré —respondió con el mismo tono de voz—. Detesto ser uno más de la multitud.

—Ésa es una de las cosas que mejor se me dan a mí.

—No desde donde yo estoy sentado. —La tomó de la mano, apretándole los dedos con suavidad—. ¿Quién está sentado dos filas justo detrás de nosotros? Smythe no deja de lanzar miradas en esa dirección, pero no tengo intención de darme la vuelta.

—Bill Crawford —respondió sin mirar.

—Estupendo. El comprador del Getty.

—Sí. ¿Tiene más dinero con que jugar que tú? —preguntó, mientras la puja subía hasta los siete millones y se retiraban una cuarta parte de los postores.

—Supongo que vamos a averiguarlo, ¿verdad? —Esbozó una amplia sonrisa; no la sonrisa suave y atractiva que le dedicaba a ella, sino la oscura y depredadora en la que prácticamen-

te mostraba los colmillos. Sam se alegraba de no ser Bill Crawford. Su Gran Blanco estaba a punto de desatar una carnicería.

Al alcanzar los nueve millones ochocientos mil, tan sólo quedaban otros tres en el juego, y Rick intervino de nuevo. Alguien detrás de ellos maldijo en respuesta, el sonido casi quedó sepultado bajo los excitados murmullos y las ensordecedoras especulaciones de los espectadores. Samantha no podía estar segura de que el tipo que había blasfemado hubiera sido Crawford, pero tampoco podía hacer caso omiso de su corazonada.

Echó un vistazo en dirección a Martin. Ya no miraba hacia el podium, sino que más bien estaba medio vuelto hacia la audiencia, tratando sin duda de valorar quién se retiraría con viento fresco y qué haría dicha persona con el cuadro. La mayoría de los postores, incluso los presentes, probablemente harían que Sotheby's se lo enviara, lo que venía a significar que seguiría siendo vulnerable en las entrañas del edificio durante unas pocas horas tras la subasta. O durante ésta.

También Rick quería que los cuadros fueran a su propiedad de Inglaterra. Eso podría suponer un problema. Ya había subido a diez millones seiscientos mil, sólo Rick contra un postor vía telefónica y contra Crawford. Si se sentía frustrado por no ser capaz de ver cara a cara a ninguno de sus oponentes, no lo mostraba. De hecho, para ser un tipo que seguramente tendría que gastarse cerca de treinta millones en una sola noche, parecía fresco como una rosa. Podría haber estado jugando en una máquina tragaperras en Las Vegas, dada la preocupación que mostraba. Ah, sí, había venido a jugar.

Samantha sacó su pintalabios y un espejo, y lanzó una mirada a Rick al hacerlo. Si él no quería que echara un vistazo a su espalda, le avisaría. En cambio, no obstante, la miró fugazmente con ojos chispeantes.

—¿Qué aspecto tiene Crawford? —susurró.

Echando un vistazo, se rozó los labios con el meñique y luego bajó el espejo.

—Le daría otro cuarto de millón, y luego o bien vomita o se desmaya. Le tienes pillado.

—No lo sabes tú bien, cariño.

Mientras él reía entre dientes, Sam agregó un apéndice a su nota: «Aparta las manos de Mike». «Mike» era el diminutivo

de Miguel Ángel, su término en clave para designar obra de arte en general. El término para los cuadros en concreto era «Vince» —por Van Gogh—, pero Rick acababa de comprar también un Rodin, después de todo. El código entre ladrones decía que Martin debería pasar de las posesiones de Addison sólo porque era ella quien tenía la conexión más próxima, pero su padre nunca había jugado según las reglas si podía evitarlo. Y Martin había salido sin duda alguna de caza.

Tanto si el segundo Hogarth acababa en manos de Rick como si no, Sam quería poder hablar con Martin sin que ninguno de los dos corriera el peligro de ser arrestado. Tenía un buen puñado de preguntas que hacerle a su padre, y a sí misma, cuando dispusiera de unos pocos minutos para pensar con tranquilidad. Dios, su padre estaba vivo. Y eso era bestial. Bestial, y muy preocupante. Apartó por la fuerza tales pensamientos a fin de reflexionar sobre ellos más tarde.

—Diez millones ochocientos mil. ¿He oído diez novecientos?

Samantha se movió un poco, deseando por un instante ser una de esas chicas sin más preocupación en la vida que no estropearse la manicura recién hecha. Sería mortalmente aburrido, pero seguro, salvo por la preocupación por los padrastros.

—¿Te estás impacientando? —murmuró Rick—. ¿O aburriendo?

—Sólo esperando la celebración de la victoria —le respondió entre susurros, rozando el muslo contra el de él.

—También yo. Pongamos a prueba tu teoría sobre Crawford, ¿te parece? —Alzó de nuevo el catálogo—. Once millones —dijo en voz alta y clara.

La audiencia murmuró con admiración. Sí, su chico se gastaría medio millón de más sólo para conseguir un poco más de tiempo para follar con ella.

—Tenemos once millones de parte del señor Addison.

Sam levantó de nuevo el espejo.

—Crawford simplemente menea la cabeza. Cobardica.

—Calla —murmuró Rick—. No irrites a la posible competencia.

—Señor Crawford —dijo Smythe—, puedo aceptar cincuenta mil, si no desea subir de cien en cien. ¿No? Muy bien, pues. ¿Qué dice nuestro postor telefónico, Jenny?

—Once millones doscientos —se escuchó decir a la mujer bajita que atendía el teléfono.

Smythe señaló de nuevo en dirección a Rick.

—Tenemos once mill...

—Doce millones —interrumpió Rick, mirando fijamente a Jenny en lugar de al subastador.

La pobrecilla parecía nerviosa mientras repetía la cantidad por el receptor. Samantha no podía culparla. Rick podía resultar sumamente imponente, incluso para el mensajero. Al cabo de un momento su expresión se tornó en alivio y sacudió la cabeza. Fin del juego.

—¿No hay más pujas? Entonces —el mallete golpeó con fuerza—, vendido al señor Addison por doce millones de dólares. Felicidades una vez más, señor.

La sala estalló en aplausos. Samantha se unió a ellos, hasta que Rick se puso en pie, tiró de ella para hacerla levantar y le estampó un beso en la boca al más puro estilo del día de la Victoria. Por poco que le agradara sentirse aprisionada y las exhibiciones públicas, le rodeó lentamente el cuello con los brazos y se aferró cuando él la inclinó un poco más hacia atrás.

—¿Ha sido eso la celebración de la victoria? —preguntó, mientras volvía a enderezarla y ella podía respirar de nuevo.

—En absoluto —respondió, tomándola de la mano mientras la besaba una vez más—. Salgamos de aquí, ¿quieres?

No hasta haberse asegurado de que todas sus compras estaban a salvo.

—¿Y qué pasa con todas nuestras piezas? —preguntó, resistiéndose a su impulso.

—Me ocuparé de que las envíen a Inglaterra.

Cada fibra de su ser le decía que ésa era una mala idea.

—¿Podemos llevárnoslas a casa? Tú lo sugeriste.

Rick frunció el ceño.

—El Rodin, no. Pesa media tonelada.

—¿Y los Hogarth? —insistió, deseando por un instante que su pasado dejara de molestarle—. Vamos, Rick. Solía robar cuadros que eran apartados para su envío. Dejarlos aquí me pone nerviosa.

—¿De veras?

—De veras.

—De acuerdo —dijo al cabo de un momento—. Hablaré con Talmadge.

—Gracias. —Ron Talmadge era el gerente de ventas de Sotheby's, aunque Sam se preguntó cómo se las había arreglado el hombre para conservar su empleo durante los últimos nueve años cuando ella se había llevado cuadros por valor de ochenta millones de dólares de sus establecimientos. Durante un segundo se preguntó si Rick tenía idea de que sus visitas a ese lugar le habían reportado cerca de quince millones de pavos netos. Naturalmente, neto no era la palabra precisa; los ladrones tenían un montón de gente a la que pagar si querían evitar ir a prisión. Permanecer en las sombras podía ser condenadamente caro. Con todo, ella era miembro del club de los millonarios, aunque Rick sobrepasara dicho nivel.

Tan pronto Rick se encaminó hacia un lateral de la sala e hizo una señal a Talmadge, Samantha se guardó la nota bien doblada en la palma de la mano y se dirigió hacia el aseo. Cuando pasó junto a su padre tomó aire trémulamente y le deslizó la nota en el bolsillo.

Sus dedos rozaron la lana de su chaqueta y Sam se estremeció, apresurando su retirada. ¡Por Dios!, le había tocado, y no se había desvanecido en humo. Era real. Martin Jellicoe, en efecto, estaba vivo. Y acababa de concertar una cita para verlo dentro de cuatro horas. La vida era muy extraña.